

EL DEFENSOR DEL OBRERO

El trabajo de mujeres y niños

En contestación al requerimiento que el Instituto de Reformas Sociales dirigió al Ministerio del Trabajo para que se dictara una disposición acerca de la forma en que han de justificarse su edad, a los efectos de la ley del Trabajo de mujeres y niños, los menores de dieciocho años, huérfanos sin tutores y niños abandonados, se ha publicado una real orden.

Dispónese en ella que, en el caso de que un menor de diecinueve años desee ser admitido al trabajo y no pueda acreditar su edad con certificación del Registro civil, las personas a cuyo cargo se encuentren, o los patronos que deseen emplearlos, o los propios interesados, se presenten en el Juzgado municipal demandando por simple comparecencia verbal que se cite al médico forense o al titular y aun al maestro de escuela pública, para que, examinando al menor, dictaminen su edad aproximada y si reúne condiciones para el trabajo a que quiere dedicarse, si está vacunado o si padece enfermedad contagiosa o infecciosa. Después del examen se expedirá una certificación que, como el reconocimiento, será gratuita, en que conste si el menor puede ser admitido al trabajo.

Milagro en Limpias

D. Cristino Morondo Rodríguez, condeño lectoral de la catedral de Jaén que ha regresado recientemente de Limpias, refiere lo siguiente:

«Durante mi estancia en Limpias hablé con una señora que acababa de ver el prodigio, dando un grito al observar que el Cristo fijó sus ojos en ella y la miraba cara a cara; hablé con el capellán del Real Patronato de Santa Isabel de Madrid, el que hacía pocas horas escuchaba de dos sienes y de sus propios padres, con quienes tenía amistad, el tierno relato de haber prorrumpido en un llanto inconsolable por haber visto que el rostro de

la Imagen que adoptó un aspecto de tanta tristeza, dolor, abatimiento y congoja que no era posible resistir aquella impresión terrible; una joven salió llorando del templo, en medio de la concurrencia, impresionada por los prodigios que había visto en la Imagen; en estos mismos días de mi estancia en Santander, un feriante dedicado a explotar negocios, domiciliado en Barcelona, por nombre Joaquín Sicart, gravemente enfermo del corazón, que no le permitía descansar convirtiéndole la vida en un martirio, de ideas irreligiosas, de conducta nada edificante, fué a Limpias burlándose hasta del gusto artístico de la Imagen, diciendo que era muy fea; pero no sé qué vió... ello es que obtuvo la curación instantánea, a que el interesado no quería dar crédito, pero comprobada por las pruebas calculadas a que la sometió y de tal modo se ha convertido que ha comprado libros religiosos para estudiar nuestra fe, se confiesa semanalmente y comulga varias veces en semana, haciéndolo público ante toda clase de personas. Hablé también con el Sr. Monzón (secretario que fué de la Sucursal del Banco en Jaén hace unos doce años) con su señora y su hermana políticas, las cuales habían visto mover los ojos del Cristo de la Agonía; hubo otras visiones, pero no las he recogido de testimonios inmediatos, porque ordinariamente no se habla sino con los mismos comensales o con personas amigas.

Los sacerdotes de Limpias me refirieron como hechos públicos que una Sra. saturada de la vanidad de la virtud, que es la más funesta de las vanidades, porque santifica los propios defectos y los hace incorregibles, alardeaba de que ella seguramente vería los prodigios del Cristo Agonizante; pero en castigo no logró, por mucho que se esforzaba, ver ni siquiera la Imagen saliendo del templo verdaderamente horrorizada.

Una señorita a quien Dios había dado tal hermosura a su ojos que eran objeto de todas las miradas y aplausos, y que sin duda había convertido en instrumentos de vanidad, contrajo ante la Imagen un extravismo tan

pronunciado que la especialidad médica a quien consultó, le respondió diciendo: Os conocí al nacer con ojos bien constituidos desde entonces; pero ahora vuestro extravismo parece tan ingénilo que la ciencia no le puede curar. Volved a Limpias—Pero no, ha logrado la curación.»

Estudios Sociales

EL CURA DE ALDEA

Si el pueblo tiene más de un sacerdote, menos mal, porque al repartirse el trabajo parroquial entre el cura y el coadjutor o coadjutores, resulta más llevadero; pero cuando está solo el cura, cuando sobre sus hombros y su conciencia han de gravitar todos los ministerios, como sucede en la mayor parte de los pueblos escondidos en la sierra tanto más pequeños y miserables cuanto más internados; entonces el cura, ha de multiplicarse, sin poder abandonar un solo momento la grey que le fué confiada.

Sacristán mayor y maestro de capilla a la vez que oficiante, hay que verle en los divinos oficios de la misa conventual del domingo. Como está solo, ya muy de mañana, al amanecer, ha celebrado la misa primera, quedando en ayunas hasta celebrar la mayor, a las nueve o nueve y media.

Rodeado de chiquillos, que él mismo hubo de adiestrar en lo que cabe (a fuerza de trabajo y pescozones), empieza el solemne sacrificio, con la perfección que permite el aplomo de los infantiles auxiliares; y el pobre cura, además de suplir las deficiencias y dirigir a los acólitos con gestos y miradas, apenas puede prestar a su oficio la atención debida, pensando horrorizado las diabluras que harán tal vez los que andan por la sacristía, a no ser que, vacando las aulas del Seminario diocesano, la suerte le depare algún seminarista feligrés que, caritativo le ayude.

Quizás el maestro, el médico u otro intelectual del pueblo le presten servicios de organista o cantor; con esto y algún acólito de voz atiplada y afinación dudo-

sa, queda completo al oído; y hasta resulta variado el conjunto de la voz acompañada, grave y varonil, al mezclarse con los agudos chillidos infantiles.

No busquéis refinamientos gregorianos ni puerilidades litúrgicas. Dios, que mira los corazones y penetra las conciencias, sabe que aquellas defectuosas, y a veces casi ridículas ceremonias cubren un fondo de piedad y verdadera fe, que suplen y compensan con ventaja todos los refinamientos. Además, esto es lo único que dan aquellas gentes y lugares estrechos y senderos imposibles; y él lo acepta gustoso porque se le da todo lo que se puede, aunque se pueda poco.

Así va siguiendo el cura: la misa mayor, y al llegar al Credo, deja la consulla en el altar para subir al púlpito, porque debe hacer al pueblo las advertencias semanales, publicar las proclamas y explicar brevemente el Evangelio, al nivel cultural de la feligresía.

Pero todo esto es un apéndice de la vida parroquial, que aunque se ponga trabajos preparatorios, parecería juego de niños al señor cura, si no hubiera cosas peores.

La administración de Sacramentos, la explicación catequística, la visita de enfermos y otros muchos quehaceres absorben la atención y el tiempo del celoso párroco y aun quitiere el que más le ocupasen, pues las más de las veces le da más pena y fatiga la poca frecuencia de Sacramentos.

Una de las cosas de más importancia en la región de obligaciones que no son grano de anís. Tales son los asuntos sociales, cada día más importantes y de mayor actualidad.

Porque es digno de notar que la mala semilla no es nada regalona, y aunque no haya ferrocarriles ni carreteras, aunque los caminos no sean practicables si a los pájaros aunque huyan y los ventisqueros ahuyentan a los lobos, la carcoma social penetra los más hondos barrancos y alcanza a las más elevadas picas, sin arredrarse de escarpados montes ni horribles precipicios.

Para evitar estos males y allegar mayores bienes, allá está el